









EL OFICIO  
DE POETA  
MIGUEL  
HERNÁNDEZ  
EUTIMIO MARTÍN

**AGUILAR**

© Eutimio Martín, 2010  
© Herederos Miguel Hernández

© De esta edición:  
2010, Santillana Ediciones Generales, S. L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid  
Teléfono 91 744 90 60  
Telefax 91 744 90 93  
www.aguilar.es  
aguilar@santillana.es

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente  
Fotografía de cubierta: © Asociación de Herederos  
de Miguel Hernández

*Primera edición: febrero de 2010*

ISBN: 978-84-03-10080-0  
Depósito legal: M-1.134-2010  
Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A., Fuenlabrada (Madrid)  
Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

*A la memoria de Luis Rodríguez Isern y Ramón Pérez Álvarez,  
que tanto ayudaron a Miguel Hernández  
durante su estancia en la cárcel.*



«Los pueblos que tienen por educadores a sus sacerdotes no pueden ser libres».

NICOLÁS DE CARITAT, MARQUÉS DE CONDORCET

«En igual forma como se fajan los miembros del niño desde la cuna, es necesario también, desde la primera juventud, fajarles también la voluntad para que conserven en el resto de su vida una feliz y saludable flexibilidad».

P. CERUTTI S. J.



## Advertencia al lector

Ofrecemos al lector el comentario, verso a verso, de un conjunto de poemas que consideramos nodales pero no ofrecemos la transcripción íntegra de los textos respectivos.

En consecuencia, permítanos el lector aconsejarle que se procure por su cuenta las composiciones siguientes, también en la *Obra completa*:

<i>Título</i>	<i>Libro</i>
Pastoril	Poemas sueltos
Aprendiz de chivo	“ “
[En cuclillas, ordeño]	“ “
Carta completamente abierta	“ “
Sexo en instante (1)	Perito en lunas
Horno y luna	“ “
Toro	“ “
Profecía-sobre el campesino	Varia poesía
Pena-bienhallada	Sonetos
Sonreídme	Poemas sueltos, III
Rosario, dinamitera	Viento del pueblo
Jornaleros	“ “
Las manos	“ “
Canción de la Sexta División	No figura en <i>O. C.</i>
Las puertas de Madrid	Poemas sueltos, IV
La guerra, madre	“ “
[Soneto contra Gil Robles]	“ “
[Fue una alegría...]	Cancionero y romancero de ausencias
Yo-la madre mía (prosa)	Prosas



# Índice

<i>Agradecimientos</i> .....	15
<i>Introducción</i> .....	17
NACIMIENTO Y FORMACIÓN DE UN POETA (1910-1932) .....	29
I. Orihuela.....	31
II. <i>Los Visenterres</i> : el mito de la pobreza familiar.....	47
III. Escuelas del Ave María y colegio Santo Domingo .....	59
IV. La juvenilia autobiográfica .....	75
V. Poeta en su tierra.....	95
VI. La factura en un memorial en verso .....	113
VII. Ramón Sijé.....	127
VIII. La proclamación de la República .....	151
IX. La primera salida que de su tierra hizo.....	171
EL INGRESO EN LA LITERATURA (1932-1935).....	187
X. <i>Perito en lunas</i> : una voz y no un eco .....	189
XI. El trampolín regional .....	215
XII. Un fascismo eucarístico .....	231
XIII. <i>El torero más valiente</i> : una tauromaquia «a lo divino»... ..	251
XIV. 1935: la ruptura .....	269
XV. Amores y desamores .....	323
XVI. <i>Los hijos de la piedra</i> : su dimensión autobiográfica.....	345
EL ESPALDARAZO (1936-1939).....	355
XVII. <i>El rayo que no cesa</i> : ¿qué rayo? .....	357
XVIII. A la defensa de la República. Frente de Madrid: septiembre de 1936-febrero de 1937 .....	371
XIX. En la cresta de la ola .....	393

XX. La guerra en escena.....	441
XXI. <i>Viento del pueblo</i> : poesía para la trinchera .....	455
XXII. Miguel Hernández en el cancionero de guerra.....	477
XXIII. Un horizonte nublado: <i>El hombre acecha</i> .....	485
PERSECUCIÓN Y MUERTE (1939-1942).....	497
XXIV. La desbandada .....	499
XXV. Inquisición y franquismo .....	513
XXVI. El primer acto de la tragedia .....	549
XXVII. Un paréntesis de libertad .....	569
XXVIII. La condena.....	587
XXIX. El «turismo penitenciario».....	609
XXX. <i>Cancionero y romancero de ausencias</i> .....	625
XXXI. Ocaña .....	631
XXXII. Entre la cruz y la pared .....	639
<i>Conclusión</i> .....	659
<i>Índice onomástico</i> .....	663
<i>Índice de publicaciones</i> .....	675
APÉNDICE.....	681
Edición de la obra de Miguel Hernández.....	683
Pablo Neruda calumnia a Carlos Morla Lynch .....	687

## Agradecimientos

A mis amables informantes y generosos colaboradores: Carmen Alemany, Cecilio Alonso, Santiago Álvarez (†), Antonio Armell Lon (†), Manuel Aznar Soler, Francisco Javier Díez de Revenga, Juana Doña (†), Francisco Escudero Galante, Ramón Fernández Palmeral, Fernando Fernández Revuelta, Antonio Luis Galiano Pérez, Jesús Gálvez, Antonio García-Molina (†), Ian Gibson, Vicente Hernández Fabregat, Florentino Hernández Girbal (†), Arturo del Hoyo (†), María Lara, Javier La Beira Strani, Aitor Larribide, Enrique Líster (†), Francisco Martínez Marín (†), Antonio Martín Oñate, César Moreno Díaz, Francisco Moreno Gómez, José Mula Acosta, Mirta Núñez Díaz-Balart, Mariano de Paco, Gaspar Peral Baeza, Javier Pérez Bazo, Eduardo Pons Prades (†), Alberto Reig Tapia, Jesucristo Riquelme, Melquesidez Rodríguez Chaos, José Rodríguez-Spiteri Palazuelo, José Carlos Rovira, Serge Salaün, Rosario Sánchez Mora (†), Glicerio Sánchez Recio, Agustín Sánchez Vidal, Manuel Solís Ramos y Miguel Ull Laita.

Mención especial merece el profesor Emilio La Parra, quien, siendo director del Instituto de Estudios Juan Gil-Albert de Alicante, puso a mi disposición el rico archivo periodístico y documental que él y su equipo de trabajo habían organizado.



## Introducción

«Pourquoi lisez-vous, sinon pour essayer de comprendre ce grand mystère: l'homme, et pour retrouver vos émotions chez des héros réels ou imaginaires».

ANDRÉ MAUROIS, *Dialogues des vivants*

Miguel Hernández tenía 31 años cuando le fallecieron en 1942. Nos legó una obra que, en su edición crítica, incluida la correspondencia, abarca tres millares de páginas. Sin embargo, una rara adversidad presidió tan considerable labor. Desde que en 1930, a los 20 años, publicó su primer poema en la prensa local de Orihuela, sólo dispuso de 12 años de vida, la mitad de ellos en la guerra y en la cárcel. Desde los 14 hasta los 20 años tendrá que escribir sus poemas sobre el lomo de una cabra. Es su mesa de trabajo desde que su padre, cabrero, le privó del pupitre de la clase sin dejarle ni siquiera terminar primero de bachillerato. La mesa de su habitación, sobre la que sigue trabajando sus versos cuando llega a casa con el rebaño, no le resulta mucho más estable que una cabra, porque su padre se la derriba de un puntapié en cuanto le sorprende «gastando luz en balde».

A partir de 1930 rehúsa categóricamente el oficio de cabrero que quieren imponerle en casa. Consigue abandonar el cayado por la pluma aunque haya de ser, en un principio, la de pasante de notario. Posteriormente, un hombre de letras, José María de Cossío, le integra en su grupo de colaboradores para la redacción de la más famosa enciclopedia taurina.

Será durante la Guerra Civil cuando logre acceder a un indiscutible estatuto profesional de escritor. El año 1937, concretamente, le

deparará la doble ventura de verse colmado afectiva y literariamente: contrae matrimonio, tiene un hijo y ve editado *Viento del pueblo*.

A partir de 1937 correrá una suerte definitivamente adversa, en la guerra y posguerra, con el colofón de un siniestro asesinato a fuego lento en prisión.

Por tal camino de abrojos ha llegado a ser Miguel Hernández un clásico del siglo xx.

Tampoco al biógrafo de Miguel Hernández se le ofrece una tarea fácil. Antes de comenzar a construir su relato ha de llevar a cabo una labor previa de descombro. Agustín Sánchez Vidal ha señalado los «tres tristes tópicos que han distorsionado la obra de Hernández y siguen dificultando su recepción: el del *poeta-pastor*, el del *poeta-del-pueblo* y el del *poeta-del-sacrificio*». Considera con razón necesario «establecer adecuadamente los límites y contextos [de su condición de] cabrero, rojo y mártir». Y predicando con el ejemplo, el profesor Sánchez Vidal, en el mismo año 1992 en que hacía estas pertinentes declaraciones, publicaba un atinado recorrido sobre la vida y obra del poeta de Orihuela: *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*<sup>1</sup>.

Tanto Agustín Sánchez Vidal en la obra citada como José Luis Ferris posteriormente en *Miguel Hernández: pasiones, cárcel y muerte de un poeta*<sup>2</sup>, han reconocido su deuda con Ramón Pérez Álvarez, que les ha aportado nuevos enfoques sugiriéndoles, por ejemplo, la asociación de Miguel Hernández a la denominada *Escuela de Vallecas*, en compañía del escultor Alberto Sánchez y los pintores Benjamín Palencia y Maruja Mallo. Igualmente les ha propuesto la ampliación del panorama sentimental del poeta, sobrepasando la figura exclusiva de Josefina Manresa.

Todo biógrafo de Miguel Hernández, es obvio, ha de trazar su trayectoria humana y literaria, pero tanto en uno como en otro recorrido ha de salvar difíciles obstáculos que, para empezar, le ha tendido el propio poeta.

Se impone, de entrada, deshacer el tópico primero y más enraizado que le ha sido suministrado por el mismo Hernández, con su machacona insistencia en una acentuada miseria familiar y personal.

<sup>1</sup> Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992.

<sup>2</sup> José Luis Ferris, *Miguel Hernández: pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

El apelativo de *pastor-poeta* o *poeta-pastor*, tan caracterizador por socorrido, fue una especie de imagen de marca que se inventó él para no pasar desapercibido. Disfrazado de pastor consiguió granjearse la protección de Neruda y Aleixandre, entre otros, y despertar el interés de los contertulios de la refinada tertulia aristocrática e intelectual del diplomático chileno Carlos Morla Lynch. Hasta la Guerra Civil, cuando ya se ha consagrado *poeta de la revolución*, no deshará el útil malentendido reconociendo que fue pastor, en efecto, pero de las cabras de su padre. Don Miguel gozaba de una situación económica que, sin duda, podía calificarse de acomodada. No dejaba incluso de ejercer sobre sus paisanos una cierta influencia caciquil.

Miguel Hernández ennegrecía, cuando le convenía, una situación ya de por sí deplorable. Sufrió, ¿qué duda cabe?, unas condiciones carcelarias inhumanas. No dudó, sin embargo, en escribir, el 4 de abril de 1941, a su benefactor Carlos Rodríguez Spiteri desde el penal de Ocaña: «Que no me pase lo que me pasó en Palencia. Hube de salir enfermo y con una hemorragia muy grande». A este respecto, hemos tenido la posibilidad de recoger el testimonio de Melquesidez Rodríguez Chaos, que no se separó de Miguel Hernández durante el traslado de la cárcel de Madrid a la de Palencia, donde compartió la misma celda a lo largo de toda su estancia allí. Rodríguez Chaos acompañó incluso a Hernández hasta el rastrillo de salida cuando este último fue trasladado de Palencia a Ocaña. Al referirle el accidente en cuestión, nos manifestó: «Éramos diez en la celda y un accidente así no podía pasar desapercibido. Dada la promiscuidad, alguien lo hubiera presenciado y lo hubiera referido a los demás. En todo caso, yo que lo acompañé hasta el rastrillo puedo asegurar que no salió de la cárcel de Palencia visiblemente enfermo». Es evidente, por otra parte, que la Guardia Civil no se hubiera encargado del traslado de un preso en esas condiciones.

Miguel Hernández no tiene inconveniente en dar una versión de lo que le ocurre, según el interlocutor a quien se dirige: cuando en su traslado de Palencia a Ocaña se encuentra Miguel con Antonio Buero Vallejo en la sección de transeúntes de la prisión madrileña de Yserías, el futuro dramaturgo lo ve extremadamente enfadado porque «en Palencia —refiere Buero— estaba muy bien: le subían leche todos los días y llegó a disponer de una celda individual»<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Entrevista con Antonio Buero Vallejo (28-XI-1989) en su domicilio madrileño en compañía de Arturo del Hoyo.

A Melquesidez Rodríguez no le cabe en la cabeza que Miguel le contara a nadie semejante cuento de hadas<sup>4</sup>.

Nuestro poeta no quedaba nunca fácilmente satisfecho. Ni siquiera cuando conoció una época de relativo desahogo económico al servicio de José María de Cossío. En carta a Juan Guerrero Ruiz (junio de 1935) se queja: «Gano muy poco: 40 duros mensuales». Era el sueldo normal y corriente de cualquier empleado. Y además, Cossío no le pagaba 40, sino 50 duros mensuales.

El comportamiento a todas luces ejemplar manifestado durante la Guerra Civil española y el atroz martirio que le acarreó el haber defendido hasta el extremo la causa popular han ocasionado una lógica visión hagiográfica que, desgraciadamente, lo deshumaniza cuando no lo catapulta al limbo de la candidez. Incluso en trabajos académicos de indiscutible consistencia como el de Juan Cano Ballesta, leemos juicios tan caritativamente desplazados como «inocente poeta»<sup>5</sup>.

Raros son quienes, como Enrique Déllano, calan más hondo o se atreven a considerar al poeta más en consonancia con la realidad: «De campesino era su carácter sencillo, pero no ingenuo, más bien pícaro»<sup>6</sup>.

Tratándose de la relación Miguel-Josefina, el tono se eleva, desde la vanguardia biográfica, a zonas más de orden angelical que humano. Para Concha Zardoya se trataba de «un amor purísimo». Y si Miguel cede a los encantos de Maruja Mallo es porque la temperamental pintora «le conquista atraída por su sencillez y pureza»<sup>7</sup>.

La correspondencia del protagonista de una biografía es fuente de información fundamental. En el caso de Miguel Hernández hay que servirse de ella con precaución y, en resumidas cuentas, su interés es muy limitado, ya que gira esencialmente en torno a sus apuros económicos. Josefina es la destinataria del grueso del epistolario conservado, y Miguel la mantiene ajena a su quehacer poético. Para remate de fiesta, la escasa dimensión literaria de la

<sup>4</sup> Carta de M. Rodríguez Chaos (2-XI-1993).

<sup>5</sup> Juan Cano Ballesta, *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1971, pág. 306.

<sup>6</sup> En *El Siglo* de Santiago de Chile, 26-IX-1965, pág. 2.

<sup>7</sup> Concha Zardoya, *Miguel Hernández (1910-1942)*, Nueva York, Hispanic Institute, 1955, págs. 21 y 18.

correspondencia hernandiana ha sufrido mermas considerables. Solamente conocemos cinco cartas a Carmen Conde y Antonio Oliver Belmás. Sin embargo, Carmen Conde nos dijo personalmente que su marido y el poeta se habían cruzado una nutrida correspondencia. A nuestro requerimiento de darla a conocer, nos contestó, con ánimo desalentado, que no tenía ninguna gana de ponerse a buscarla. Carlos Fenoll, el más íntimo y favorecido confidente de Miguel, era dipsómano, y en una crisis etílica quemó, según testimonio de Ramón Pérez Álvarez, «docenas de cartas de Miguel y poemas que le había entregado en agosto del 36 para la revista *Silbo* si volvía a salir»<sup>8</sup>.

Ramón Sijé fue, sin duda, otro corresponsal que gozó de un trato de favor. Una de las riadas, antes tan frecuentes en Orihuela, destruyó buena parte del epistolario recibido.

Si tras el examen de la documentación autobiográfica, pasamos a la recopilación de testimonios ajenos, veamos lo que ocurre.

Comencemos por la descripción física. ¿Cómo era Miguel Hernández? La identidad de toda persona se condensa e intensifica en la mirada hasta el punto de que, ocultándole a alguien los ojos, se le garantiza el anonimato. ¿De qué color tenía los ojos Miguel Hernández? «Azules», dirán Aleixandre y el pintor Miguel Abad Miró. «Verdes claros», según Josefina. «Oscuros», afirma Octavio Paz. «Pardos», se lee en la hoja del servicio militar y la ficha carcelaria.

El biógrafo tiene, pues, para elegir en una especie de arco iris que va del color oscuro al verde claro, pasando por el azul. ¿Qué hacer? Por un lado, tenemos el testimonio de las personas más allegadas: amigos íntimos, su propia esposa. Los ojos pueden variar de color, pero en simple matiz, no en tal grado. En buena lógica, al biógrafo no le queda más remedio que atenerse al testimonio de profesionales (servicio militar, ficha carcelaria) encargados precisamente de dejar constancia oficial del color de los ojos. Oscuros, pues, en mayor o menor grado, esto es: marrones o pardos. Pero ni verdes ni azules.

El cotejo de dos testimonios sobre un mismo hecho es lo que procede en toda crónica o relato biográfico. En el caso de Miguel Hernández, sobre aconsejable, resulta con frecuencia una necesidad

---

<sup>8</sup> Cf. *La Lucerna*, n.º 41, diciembre de 1995.

ineludible. Por ejemplo, Ramón Pérez Álvarez testimonia sobre la muerte de Miguel Hernández:

Muerto Miguel, le amortajé, le saqué ante la población reclusa formada en el patio general, dejando una calle en el centro, hasta el recinto exterior. La banda de música de los reclusos interpretó la «Marcha fúnebre» de Chopin. Eran alrededor de las cinco de la tarde<sup>9</sup>.

Otro testigo, Bernardo López García, se indigna contra lo que califica de «premeditada falsedad» y afirma:

Yo vi salir el ataúd en el que iba Miguel Hernández, sobre la hora del mediodía, cuando todos los reclusos estábamos encerrados en nuestras celdas y dormitorios respectivos, asomados en los ventanales, y decir que lo sacaron muerto de la cárcel con todos los presos formados en el patio y con una banda de música interpretando la marcha fúnebre de Chopin es la burla más grosera y canallesca que se pueda concebir<sup>10</sup>.

Logramos preguntarle a López García si podía indicarnos otra persona que avalara su testimonio en contra de Pérez Álvarez. No lo consiguió. A Pérez Álvarez, por el contrario, le apoyaron otros dos testigos: Miguel Abad Miró y Antonio Ramón Cuenca<sup>11</sup>.

No es necesario subrayar la importancia de este acontecimiento, que pone de relieve la indiscutible celebridad de Miguel Hernández tras la Guerra Civil española. Sabíamos que recibió visitas de jefes de la Falange como José María Alfaro y Rafael Sánchez Mazas, y que el influyente eclesiástico Luis Almarcha le distinguía con una particular atención, pero ignorábamos que incluso el más célebre dramaturgo de la posguerra, Jacinto Benavente, se hubiera interesado por el preso Miguel Hernández. Antonio Armell Lon, comisario de propaganda de brigada, nos ha referido:

---

<sup>9</sup> Diario *Información* de Alicante (8-V-1992).

<sup>10</sup> *Ibíd.* (25-IV-1992).

<sup>11</sup> Abad Miró ha confirmado la ejecución de una «marcha fúnebre para acompañar el cadáver hasta su salida del recinto», y Ramón Cuenca, también testigo presencial, refirió al periodista José María Moreiro: «Le dieron varias vueltas por el patio acompañado por la banda de música».

—Creo que no se ha dicho en ninguna parte que, estando yo en la enfermería, en enero o febrero del 42, fue a interesarse por él Jacinto Benavente.

—¿Alguien se lo dijo o fue usted testigo presencial?

—Yo daba clases en la escuela de la cárcel, frente por frente de la enfermería, y lo vi. Duraría la visita una hora, más o menos. Además, el director de la cárcel, Manuel Guerrero Blanco, me lo dijo personalmente: «Ha venido Benavente a interesarse por Miguel Hernández». Yo no llegué a hablar con Benavente pero lo vi<sup>12</sup>.

No hay duda: Miguel Hernández había alcanzado, tras la Guerra Civil, una bien merecida reputación nacional que obligaba a sus propios verdugos a obrar en consecuencia a la hora de su muerte. Así fue como no pudieron negarse a rendirle el homenaje de la marcha fúnebre.

Tras la recolección de datos autobiográficos y testimoniales, el biógrafo tiene que enfrentarse con la afirmación de Umberto Eco: «Los datos no significan nada si no se construye una hipótesis»<sup>13</sup>.

En la construcción de esta inexcusable hipótesis desempeña un papel determinante el hecho de que una biografía es también biografía de quien la escribe. Basta con iniciar un texto biográfico hernandiano para intuir la personalidad del autor.

El nacimiento de Miguel Hernández ha sido narrado:

— Con prolijidad notarial, por Vicente Ramos: «Miguel Hernández nació en Orihuela el 30 de octubre de 1910, como así consta en el folio 188, número 188, del libro 60, del Registro civil, Sección I de Orihuela»<sup>14</sup>.

— Con sobria precisión, por Agustín Sánchez Vidal: «Miguel Hernández nace a las 6 de la mañana del 30 de octubre de 1910 en la localidad alicantina de Orihuela».

— Con exuberante imaginación creadora, por José Luis Ferris: «A las seis de la mañana, en plena amanecida, ante la mirada imperturbable del patriarca, don Miguel, y la agotada

<sup>12</sup> Entrevista con Armell Lon en su domicilio barcelonés (5-VI-1993).

<sup>13</sup> *Quimera*, n° 38.

<sup>14</sup> Vicente Ramos, *Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1973, pág. 89.

emoción de Concheta, viene al mundo el tercer hijo de la saga, un varón de aspecto sano que rompe con su llanto diminuto la paz detenida de Oleza, el silencio secular del aire que la envuelve».

Lo realmente grave ocurre cuando el biógrafo arrima el ascua de la investigación a su sardina ideológica. Dos impedimentos mayores obstaculizan entonces el relato biográfico: la hagiografía izquierdista y la tergiversación derechista. El comunista Elvio Romero describe así los últimos momentos de Miguel Hernández:

La voz puede flaquearle, el fervor no [...] se arrastró en medio de la oscuridad y el silencio, resarcido de la flaqueza física —¡oh poder de los enterados de las cosas hondas!— levantó la mano demacrada y dibujó en los muros su tremenda y desgarradora despedida:

¡Adiós, hermanos, camaradas, amigos:  
despedidme del sol y de los trigos!

¡Oh, qué modo profundo de fecundar la muerte! Aherrojado por su absoluta miseria, ¡cómo podía poner amor en el epílogo de su hermosa existencia! [...] ¡Heroico Miguel!<sup>15</sup>.

Por increíble que parezca, todavía hay quien reproduce beatamente tamaño dislate: la absurda escena de un moribundo escribiendo versos en la pared de la enfermería de una prisión. ¡Y a cuántos artículos no han servido de broche de oro los dos versos de marras!<sup>16</sup>.

En el campo ideológico opuesto, el franquista Juan Guerrero Zamora ha construido con todos sus datos biográficos una hipóte-

---

<sup>15</sup> Elvio Romero, *Miguel Hernández, destino y poesía*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1958, pág. 164. Incluso llegó a circular, por obra y gracia del poeta y crítico hernandiano Jacinto Luis Guereña, un autógrafo de estos versos.

<sup>16</sup> Se desató una deportiva curiosidad por saber quién era el autor de estos tan manoseados como apócrifos versos dotados de una indiscutible calidad poética. Joaquín Caro Romero dio por concluido el enigma afirmando: «El verdadero autor de este pareado es el poeta Antonio Aparicio» («Un sevillano en la lejanía», en *Abc*, 26-V-1992). No comunica al lector la fuente de su información. Parece justificarla por su estrecha amistad con el interesado: «Yo, que le conozco bien...», lo que deja suponer una confianza personal directa.

sis aberrante, machaconamente repetida en todos sus escritos: Miguel Hernández no fue franquista porque no supo lo que Franco era realmente.

Nuestro poeta es probablemente el más atípico de la historia de la literatura española. En pocos autores se produce una tal simbiosis de vida y obra, una tan indisociable conjunción de poesía y trayectoria vital. Ambas facetas se presentan en Miguel Hernández tan indisociables que «es difícil o imposible pensar su poesía sin pensar su vida», como ha escrito José Ángel Valente, quien añade: «Exige o necesita su poesía la noticia del hombre»<sup>17</sup>.

Quiéranlo o no los nefelibatas de la exégesis literaria, la escritura se nutre de la experiencia —o inexperiencia— vital. De la biografía, en suma. Y nosotros los lectores, ¿qué buscamos con preferencia sino este ingrediente biográfico, más o menos desleído en la obra literaria, trascendido y potenciado por la imaginación y la técnica creadora?

El ejercicio de la literatura, tanto por parte del lector como del autor, lo preside un «conócete a ti mismo» que ambos esgrimen, el uno frente al otro. Al «muéstrame» y «muéstrate» que pide el lector corresponde el «mírame» y «mírate» del autor. La diferencia entre los grandes escritores y los escritores necesarios puede que estribe en la mayor o menor disociación de sensibilidad (o sentimiento individual) y receptividad colectiva. Por mucho virtuosismo técnico que prodigue el autor, no llegará a calar profundamente en el lector sin la necesaria dosis de humanismo. ¿Qué lector se siente plenamente satisfecho si no se considera de algún modo preocupado por lo que lee? ¿No es, en el fondo, una posibilidad de nosotros mismos lo que más nos atrae y cautiva en una obra literaria? No nos resistimos a transcribir la siguiente fábula narrada por el escritor francés Michel Tournier que nos parece ilustrar en grado sumo nuestro propósito:

Un príncipe muy rico y aficionado a las artes se propuso decorar dos paredes opuestas de una de las salas de su palacio. Encargó a un pintor chino y a un japonés la ejecución de cada una de ellas prometiendo al que mejor resultado consiguiera una importante recompensa. Cuando consideró que el tiem-

---

<sup>17</sup> José Ángel Valente, *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI, 1971, pág. 185.

po transcurrido habría permitido avanzar considerablemente las obras, se presentó ante los pintores para apreciar el resultado de sus respectivas obras y observó que, mientras que el chino estaba a punto de finalizar su trabajo, el griego estaba ocioso ante su pared cubierta de un paño opaco. A él se dirigió el príncipe: «y tú ¿cuándo lo terminas?». «Cuando lo finalice mi colega», le contestó. El príncipe le comunicó al artista chino: «Cuando termines, me avisas». No tardó este pintor en hacerle llegar la noticia del final de su obra. El príncipe y su corte acudieron a la sala donde la obra del chino despertó una admiración unánime, y un entusiasmo tal que no dudaron en la imposibilidad para el griego de mejorarla. Pero cuando el griego descubrió su pintura el entusiasmo de los visitantes fue aún superior. Y le atribuyeron la palma de la victoria.

Sin embargo, el griego se había limitado a colocar un espejo en la pared que le correspondía. El resultado fue que provocó una mayor adhesión de los espectadores a su obra porque sumó al virtuosismo de su competidor la posibilidad para su público de verse reflejado e inmerso en su obra.

Cerebro desangelado, no. Pero corazón inconsciente, tampoco. El lazo realmente sólido que ata la atención del lector es el que teje el corazón consciente del escritor. Éste es el caso, nos parece, de Miguel Hernández. La masa de su escritura es la experiencia vital que su imaginación y sabiduría técnica hiñe y adoba.

En dos escollos naufraga con harta frecuencia la crítica tradicional hernandiana: la religión y el sexo. Y ello es debido a que la fuente vital de donde manan sus versos exige del lector una disposición de ánimo horro de prejuicios extraliterarios, doctrinales o eróticos. Añadamos la obligada inserción del hombre en su época puesto que —seguimos haciéndonos eco de José Ángel Valente— «la fusión de ambos extremos (las experiencias personales y colectivas) hace ineludible a Miguel Hernández»<sup>18</sup>.

Ahora bien, Valente (y no sólo él) juzga la obra hernandiana abortada, sin haber llegado a «ser lo que pudo haber sido: una gran poesía». Pero ¿con qué vara se mide la poesía para saber si es grande o pequeña? Antonio Buero Vallejo replica involuntariamente

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, pág. 186.

a Valente cuando afirma: «Para mí es Miguel Hernández un poeta *necesario*, eso que muy pocos poetas, incluso grandes poetas, logran ser, por la realidad esencial de sus *jornaleros*, de su *cebolla*, de su *sudor*». Cosas son estas —añade— que «por verdaderas más que literarias» ligan a gran masa de lectores con el poeta y su obra<sup>19</sup>.

La vitalidad y seducción del género biográfico pone de relieve la fascinación que ejerce sobre los lectores un ser único, aislado entre millones de seres, y enraizado en un tiempo y un país específicos. Y ocurre en nuestro caso que un hijo de cabrero, forzosamente autodidacta, ha llegado a alcanzar una importancia y difusión sólo comparables, en el interior de la Península, a las conseguidas por Federico García Lorca. Jorge Guillén —tan poco propenso a la hipérbole admirativa— no tiene reparo en considerar al oriolano «un poeta verdaderamente genial, el más *genial* después de Federico. Su vida y su obra conmueven hasta el asombro y el enmudecimiento humilde»<sup>20</sup>.

La vida y obra de nuestro poeta han quedado encastradas y definitivamente adscritas al acontecimiento más trascendental de la historia de España del siglo xx: la Guerra Civil. Hernández se erigió en «viento del pueblo» en aquella encarnizada lucha de clases. Pablo Neruda, César Vallejo, Rafael Alberti, entre otros, defendieron la causa republicana con dedicación y entrega ejemplares. Pero Miguel Hernández encarnaba el meollo de la causa republicana: la conquista de la dignidad personal contra la opresión económica de la oligarquía y la ideológica de la Iglesia católica. Así es como su nombre conlleva toda la inmensa carga social y humana, colectiva e individual, visible y oculta de esta aguda encrucijada de la historia. Decimos «Miguel Hernández» y resuena la República española y su asesinato. El asesinato de ambos.

Una obra no puede hacer caso omiso de la vida; ni vida y obra, de la época. Ni la vida, ni la obra, ni la época de Miguel Hernández cobran sentido sin tener en cuenta el papel determinante de la Iglesia católica. Ella le aupó al ejercicio de la literatura y ella le abandonó a su suerte miserable en el infierno de las cárceles franquistas. Fue el precio que le obligó a pagar por pasar, de presunto

<sup>19</sup> Antonio Buero Vallejo, «Un poema y un recuerdo», *Ínsula*, n.º 168, noviembre de 1960, pág. 1.

<sup>20</sup> Arturo del Hoyo, *Escritos sobre Miguel Hernández*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2003, pág. 148.

poeta al servicio de la Iglesia, a poeta efectivo, emblemático, de la revolución.

Habiendo dejado de considerar a su poesía «viento de Dios» para situarla en la categoría de «viento del pueblo», Miguel Hernández, atrapado entre la cruz y la pared, dignificó el oficio de poeta hasta límites heroicos al asumir con el pago de su vida el compromiso contraído consigo mismo y con el pueblo español.

Quizá en este aspecto no ofrezca paralelo alguno la historia de la literatura española.

NACIMIENTO Y FORMACIÓN  
DE UN POETA

(1910-1932)



## Orihuela

«Creyendo lo que amaron y creyeron mis antepasados  
puedo llamarme su sucesor y no ser anillo perdido  
y roto de la cadena que ellos formaron  
con sus espadas sobre el ara de los altares por  
nuestra patria y amor a Dios».

INSCRIPCIÓN EN LA FACHADA DEL PALACIO  
DEL MARQUÉS DE RAFAL EN ORIHUELA

«Porque la especie humana me han dado  
por herencia  
la familia del hijo será la especie humana».

MIGUEL HERNÁNDEZ

Según el censo nacional de 1910 —año del nacimiento de Miguel Hernández—, el Ayuntamiento de Orihuela cuenta con una población de 35.072 habitantes. La prensa local se vanagloria de superar en importancia a ciudades como León, Burgos, Toledo o Salamanca. Pero la comparación es engañosa, porque el núcleo de la población diseminada sobrepasa al de la urbana, y la ciudad de Orihuela no encierra en su recinto más de 17.000 habitantes, mientras que Salamanca cuenta con 24.500 habitantes, y Toledo, con 31.500. Para hablar con propiedad, habría que referir el elevado censo al término municipal de Orihuela, que tiene un diámetro de 70 kilómetros y dentro del cual hay siete distritos con sus Ayuntamientos